

**LA OBEDIENCIA
COMO PROBLEMA LATINOAMERICANO**

Carlos R. Cabarrús

**Todo lo que no procede
de convicción es pecado.
(Rom 14,23)**

1. Introducción

En los primeros años de la vida religiosa es quizás el voto de castidad lo que entraña más dificultades y problemas. A medida que pasan los años, el voto de obediencia va marcando momentos de dificultad y de asperezas muchas veces insostenibles. Este fenómeno, en la mayoría de los casos, sólo se limita a roces, incomprensiones y sufrimientos. Con todo, en algunos momentos, lleva a la sensación de que se está acorralado no por algo externo, no por la orden dada, sino por la propia conciencia que experimenta que no puede cumplir lo mandado sino a riesgo de ir contra lo que "agrada al Señor" (Ef 5,10).

Este hecho que puede ser común en todas las latitudes, tiene especial vigencia y significación en América Latina en cuanto que un sector de la Iglesia y de la Vida Religiosa ha hecho una clara opción por los pobres y por el compromiso con la justicia, lo cual ha acarreado no sólo problemas internos sino

también de confrontación con los poderes establecidos -geopolíticos principalmente- sin eludir, por desgracia, el poder eclesiástico.

El objetivo de este artículo es el de brindar alguna reflexión sobre lo típico de nuestra problemática respecto a la obediencia. También quisiéramos resaltar las posibles coartadas y trampas que se emplean -con la justificación de una "objeción de conciencia"- y que muchas veces son una racionalización para llevar adelante, simple y sencillamente, proyectos personales. Esta perspectiva nos obliga asimismo, a considerar siempre que la obediencia es algo relacional; que tiene que decir una palabra tanto al que manda como al que es súbdito. El fruto de este trabajo quisiera ser el comenzar a dar pistas para generar un tipo de "metodología de la obediencia"; establecer "reglas" para mejor acertar en las concretas dificultades de nuestro tiempo y espacio. El horizonte de nuestra dificultad, en América Latina, no puede desconocer la labor sorda de todo lo que maquina para quitarle la poca fuerza a los empobrecidos.

Si el Señor nos liberó para que fuésemos libres -que es lo único que Dios nos respeta absolutamente-, nunca es fácil renunciar a ese bien tan precioso. Sin embargo, en los ambientes en que vivimos en la actualidad, donde aun las instituciones más viejas se ponen en cuestión (el matrimonio, por ejemplo), se dan obstáculos serios para una obediencia sumisa o ciega, si se quiere.

Desde el mismo Concilio Vaticano II se ha venido dando una creciente revitalización de la propia conciencia, de su inalienabilidad, fruto todo ello, de los avances de las ciencias sociales y humanas. En ese sentido vivimos en un nuevo "renacimiento" del papel del hombre y la mujer -ahora también claramente diferenciados y complementados al comprender cada vez mejor la riqueza de los sexos-. La evolución

de las sociedades tanto de Occidente como de Oriente, está en un creciente camino de valoración de la libertad individual frente a todo género de totalitarismo. La Perestroika y la Glasnot soviéticas unidas a las revueltas estudiantiles de China nos muestran esta creciente "revuelta" por una mayor posibilidad de la expresión personal libre. En realidad se trata de un proceso de individuación, facilitado por la mejor comprensión de los condicionamientos sociales y por la capacitación para superarlos transformándolos. Un proceso que, además, por la mayor inteligencia de los condicionamientos del cuerpo y del espíritu, puede volverse proceso de personalización, si acepta encargarse de los desafíos de la libertad.

Esta nueva situación consolida los anhelos de libertad personal frente a todo género de inposición. Mientras tanto, en el seno de la iglesia como Institución se perciben ondas reactivas a todo ello. La iglesia Institución es heraldo de la libertad en las sociedades -sobre todo en las de corte socialista- pero abandera una línea inquisitorial en sus mismas entrañas y con sus hijos "más fieles".

Esto ha ayudado, por decirlo así, a desenmascarar intereses políticos en lo que supuestamente se maneja como la Voluntad de Dios. La manera agresivamente reactiva con que muchas veces actúa la Iglesia Institución, pone de relieve de manera muy evidente sus posturas políticas efectivas. Nunca la Iglesia ha escapado a los análisis sociales y a las vinculaciones geopolíticas. En un momento pudo ser la Paz Constantiniana, la Reconquista del mundo Árabe, Las Cruzadas, la Conquista; y actualmente, el nuevo proyecto de Cristiandad. Lo que sucede en nuestro tiempo es que esos análisis y posturas tienen mucha mayor difusión y se pone en tela de juicio algo que nunca se había atrevido a cuestionar: la misma Iglesia. Una Iglesia que no posee ahora el poder temporal, y que por tanto su palabra de condena y mando pierde

fuerza paulatinamente, sobre todo en el Primer Mundo, se desautoriza también, poco a poco, entre el mundo de los empobrecidos latinoamericanos.

La vida religiosa en general, pero más en América Latina, ha estado jugando un papel de corte más bien profético frente a las tendencias involucionistas que pululan en la Iglesia. Lo cual no significa, lamentablemente, que toda la vida religiosa ejerza este papel. Donde se da una fidelidad al Evangelio y a los carismas propios fundacionales, las Congregaciones religiosas ejercen una pastoral de acompañamiento de un pueblo que ha estado oprimido y lo sigue estando. Pero aun de los carismas propios de las Congregaciones se tiene que ser crítico, ya que ellos tampoco escapan al envejecimiento o a la domesticación institucional. Por otro lado, algunos nacen ya poco evangélicos, al menos por lo que puede juzgarse... Por eso, el Vaticano II les exige a todos una radical renovación. Cuando se da la actividad profética, ésta, sin duda alguna, pone en riesgo a toda la Institución eclesial con lo cual sus tendencias regresivas se fortalecen y justifican, en su forma de ver.

Por otra parte, la estructura jerárquica "clerical y masculina" se pone también en tela de juicio por un mayor descubrimiento de la fuerza de la eclesialidad bajo nuevas formas. Si en un momento dado la Vida Religiosa fue el canal por donde el Espíritu revitalizó a la Iglesia, en la actualidad es, según parece, desde el aporte del "laico", por donde se entrevé una revitalización eclesial, fenómeno altamente ambiguo, con todo, y sujeto a ser discernido con cautela si se toman en cuenta el papel que alguno de estos movimientos laicales juega en la Iglesia global y latinoamericana.

Todo esto es generado por la concepción de Iglesia que brota del Concilio Vaticano II, en donde

se redescubre el Pueblo de Dios, el sacerdocio de los fieles y que el Espíritu se comunica también en ese Pueblo. Siendo esto así no es tan fácil esgrimir el argumento de que las autoridades religiosas tienen la exclusiva del conocimiento de la voluntad de Dios. Se ha provocado una mayor co-responsabilidad eclesial en todos los órdenes. Esto afecta también la comprensión de la obediencia.

Es dentro de este cuadro donde se ubican las dificultades de la obediencia y su momento máximo: la objeción de conciencia. Si siempre ha sido un fenómeno considerado en los diversos manuales, en nuestros días ésta suele tener tintes especiales. Diríamos que no queremos hablar de cualquier tipo de dificultades ni de "objeciones de conciencia", sino de lo que puede ser más típico en América Latina. **Es aquel reparo que enfrentan los que quieren abandonar la causa de la Justicia como expresión de su fe, cuando ésta se obstaculiza, frena o condena.**

El problema de la obediencia en América Latina tiene historia. Los jesuitas con el caso de las Reducciones del Paraguay sufrieron sin duda alguna por esta causa, y más de uno de aquellos misioneros tendrían ciertamente "objeción de conciencia" con lo mandado por Roma debido a las presiones borbónicas. Lo que se debate actualmente en América Latina no es únicamente un proyecto sociológico que sea alternativo a los sistemas opresivos imperantes, sino sobre todo la fatalidad real de **que se termine con uno de los últimos bastiones de los empobrecidos, que es su fe tal y como la van comprendiendo en su proceso de liberación.** Lo que está en juego, por tanto, es la fuerza de un pueblo pobre a quien se quiere minar quitándole los apoyos institucionales -por parte de la misma Institución- u ofreciendo sustitutivos inválidos y denigrantes, como puede ser lo que brindan las sectas protestantes fundamentalistas, y muchos de los movimientos laicales.

2. Fenomenología

Muchas y muy variadas expresiones pudiera tener esta fenomenología en nuestro Continente. Todas, sin embargo, convergen en un hecho: que el súbdito experimenta un **reparo serio**, una objeción, frente a la obstaculización que se haga de parte de superiores religiosos o eclesiásticos de su compromiso con la justicia. Esto puede incidir en los ambientes intelectuales teológicos (prohibición de cátedra, de publicar, etc.), como también en un tipo de praxis (veda a participación partidista, o a colaboraciones con las Organizaciones Populares). Puede, en otros casos, simplemente tener que ver con la no aceptación, por parte de la autoridad, de la propuesta del súbdito de una mayor inserción entre los empobrecidos, o el rechazo del mismo a trabajar en Instituciones donde no se ve la real conexión con la lucha por la justicia, o lo que sería más grave, cuya finalidad se percibe en abierta oposición a ella.

Todos estos "casos" tienen nombres concretos en nuestra historia. Su gravedad tiene también matices diversos. El reparo, asimismo, presenta cotas diferentes; desde la simple molestia asumida en una perspectiva de fe, hasta el sentimiento de que realizando lo mandado se va en contra de la voluntad de Dios tal y como cada uno, en un momento dado, la experimenta.

De ahí que este fenómeno del "reparo ponderado" hasta el de la "objeción de conciencia" nos aboque al tema de la necesidad del discernimiento. Pero no de cualquier discernimiento, sino del que discierne dentro de un clima de obediencia típico de la Vida Religiosa.

3. Una puntualización sobre la obediencia

La autoridad en la Iglesia tiene su razón de ser no en que haya mayor concentración "teofánica" en el superior -lo cual tiene poca mordiente evangélica-, sino en el ordenamiento del cuerpo eclesial. A nivel evangélico no se puede postular ni demostrar la necesidad de la obediencia a un superior. Es evidente que el sentido de la autoridad en la Iglesia está en relación al Reinado de Dios. Es el Reino quien potencia, orienta, y por así decirlo, limita la autoridad eclesial. La autoridad eclesial cristiana, tiene que tener como fin el Reino de Dios y actuar a la manera de Jesús (Mt 20,25 y ss). Hay que tener en cuenta que "la Iglesia no es una jerarquía de la que brota el pueblo, sino un pueblo para el que nace la jerarquía (cfr. Lumen Gentium, cap. 2 y 3)" (González Faus, **Memoria de Jesús, Memoria del pueblo**. Sal Terrae, 1984, pág. 61). Más aún, Jesús tuvo que desacreditar a las autoridades y a la misma Ley, desobedecerlos e incumplirla. Y advirtió seriamente que sólo Dios era Padre, Maestro y Señor. Todo ello, en gran parte, porque la Ley y las autoridades fueron el principal obstáculo para que el pueblo escuchara su mensaje.

La Vida Religiosa como una micro-Iglesia tiene que reproducir el mismo esquema eclesial auténtico (no las figuras cambiantes de la Iglesia en la historia), al que se añade un dato más. El superior religioso deriva su autoridad de los miembros que miran en él un punto de unidad, un representante de Cristo. Esto sería la fuente más carismática de la autoridad, "se han puesto de acuerdo sobre esto", por eso Cristo está allí en medio de ellos (Mt 18,19). Pero también la autoridad religiosa deriva poder de la articulación con la macro-Iglesia, recibe autoridad del sucesor de Pedro, y esto constituye la fuente "institucional" de la autoridad.

Ahora bien, la autoridad religiosa será mediación de la Voluntad de Dios, en cuando medie: a) el carisma del Instituto religioso, b) el "consenso" entre los hermanos, c) y finalmente la articulación con la Iglesia. En la Vida Religiosa, la autoridad está en función de todo el grupo, máxime si éste debe estar lanzado al trabajo en la dispersión. La autoridad "no nace para sustituir la co-gestión, sino para hacerla posible. Y su tentación -fácil y frecuentes confundir la co/acción con la coacción" (González Faus, *Op. cit.*, pág. 59).

Finalmente, la función de la autoridad es hoy, más que nunca, para, ejerciéndose no sólo en favor de la acción libre de la persona sino en favor de la acción coaligada de un grupo de personas, ser anuncio de un futuro de mayor co-laboración y denuncia de un posible resultado individualista en el proceso de individuación. Para ser denuncia, al mismo tiempo, de un futuro de robotización y anuncio de un final personalizador del proceso de individuación.

4. Necesidad del discernimiento

Como muy bien ha sido señalado, "la capacidad de discernir personalmente lo que Dios quiere, con todas las consecuencias que de eso se debe seguir, es lo que especifica y define al hombre cristiano" (Castillo, *El Discernimiento cristiano*, Sígueme, 1984, pág. 47). Dentro de la Vida Religiosa, con todo, esta actitud tan netamente cristiana debe estar combinada con ese elemento de "funcionamiento corporativo", que es la obediencia. San Ignacio de Loyola a quien siempre se le ha considerado el abanderado de la obediencia (aunque muchas veces mal interpretado), enseña desde el mismísimo Noviciado cómo se debe "representar". Es decir, plantear al superior la propia opinión co-responsable, tanto con anterioridad como con posterioridad a la decisión del supe-

rior. Si es en el segundo caso se da un "sentido" de que esa decisión no atina con lo que Dios quiere. (Cfr. Constituciones, 292. en **Obras Completas**, BAC, 1982). Todo ello deja claramente establecido que la obediencia no puede desligarse del discernimiento. En una famosa carta Ignacio señala que "el hombre comunica las órdenes, pero Dios da la discreción. Quiero que en las demás cosas actúes sin escrúpulo, **como juzgues por las circunstancias que se debe actuar**, sin que obsten las reglas y las ordenaciones" (**Fontes Narrativi**, III, 434, subrayado nuestro). González Faus puntualiza lapidariamente que "la autoridad -por importante que sea- nunca es fin en sí misma, sino medio para universalizar más la obediencia a Dios, por esto el mandato no suprime nunca la discreción y la responsabilidad del obediente" (*Op. cit.*, pág. 68).

Discernimiento y obediencia son dos caminos para encontrar la voluntad de Dios donde no está clara. Ambos utilizan mediaciones para su ejercicio. El discernimiento por medio de mociones espirituales, con el necesario cotejamiento de una persona con "densidad eclesial". Es decir, que aun en el discernimiento, hay necesidad de dos tipos de mediaciones: la del "cribar" mediante un método y unas reglas lo que es "la voz de Dios" frente a la oposición del espíritu de este mundo, y la mediación de cotejar lo discernido con otro eclesialmente competente, además de la mediación del ubicarse socialmente con la causa de los empobrecidos, para no hacer discernimientos ingenuos.

Si nos preguntáramos cuál de estas dos instancias abarcan más, tendríamos que responder qué es el discernimiento, ya que este puede poner en tela de juicio a la misma obediencia. Pero la obediencia, por su parte, salva del escollo de la "sola fides" y del atenerse en demasía al juicio propio. San Ignacio decía que "el mejor modo de examinar si el espí-

ritu viene de Dios o no, es ver si le sería duro o molesto someterlo a la obediencia" (**Obras Completas**, Cartas. dic. 1549, pág. 787). Y él dió muestras en su propia vida de "oponerse activamente" contra la voluntad del Papa cuando le pareció que éste quería hacer cardenal a Francisco de Borja. Tuve -nos dice- "este asenso o espíritu de **estorbar en todo lo que pudiese**" (**Obras Completas**, Cartas. 5 junio 1552, pág. 784). Más aún, decía que si no hiciera la batalla en contra de eso "yo tuviera y tengo por cosa cierta que a Dios nuestro Señor no daría buena cuenta de mí, antes enteramente mala" (ibid).

5. Reglas para la obediencia

Proponemos una especie de "reglas" para mejor obedecer, que nos ayuden -en forma de indicativos colectados en base a la experiencia humana- a desempeñarnos en el difícil arte así de obedecer como de mandar. Lo que no debe olvidarse es que la obediencia en la Iglesia es una **forma de relación humana bipolar**, que debe analizarse y comprenderse siempre desde ambos aspectos: el que es súbdito y el que desempeña el papel de superior. Teniendo el marco comunitario como escenario de resonancia.

Siempre es más fácil afirmar que una orden dada, concreta, una vez que es un mandato es voluntad de Dios, **lo cual no es lo mismo que afirmar que lo mandado es todo lo que Dios quiere**. El ejemplo de Cristo en la cruz nos da pie para sostenerlo (salvadas las diferencias ya que en este caso se trataba de una autoridad civil). No podía ser voluntad del Padre, de antemano, que matasen al Hijo; con todo, una vez dada la orden de ajusticiamiento "era" voluntad del Padre (lo asumía dentro de la economía del respeto de la libertad de los hombres) que Jesús padeciera a causa del Pecado del Mundo, (que era un pecado "complejo" hecho de superioridad religiosa,

de injusticia, de opresión, de oportunismo...) Es esta situación la que nos permite por una parte la libertad de "objetar", como también el deber de obedecer aun en situaciones difíciles, si eso es lo que toca frente al Reino.

5.1 Reglas para objetar

Nunca debe olvidarse que en la Iglesia todo dice relación al Reinado de Dios, que tiene traducción muy concreta: la lucha por la justicia como algo inherente a la fe y no simplemente humanización. Un requisito básico del que objeta es que su objeción esté **de hecho** en relación directa con la lucha de los empobrecidos. Esto tanto más cuanto su objeción ponga en riesgo otros valores no sólo de su congregación sino, por ejemplo, la unidad de la Iglesia, o el de provocar que los detentadores del poder pongan la mira amenazadora en otras instancias de la lucha del Pueblo de Dios. La confirmación de esta objeción será que esa postura contribuya, en realidad, a la defensa de los "sin voz". De tal manera que, renunciar a ella implica dejar a éstos sin defensa alguna. **Por arrogante que parezca, la objeción de conciencia está basada, en última instancia, en la conciencia de indispensabilidad para el Reino** de aquello que se me pide hacer en su favor, con el mandato, o en la conciencia del daño inevitable al Reino directamente implicado en lo que me mandan hacer. Es decir, en el fondo, la objeción de conciencia está basada en una vocación de Dios, es un llamado sentido como absolutamente en relación con el Reino.

Debe también considerarse siempre que en esto de los "reparos ponderados" hay diversidad de grados. Ante una orden dada donde se encuentra un reparo, hay que distinguir la magnitud de lo así ordenado. Los reparos pueden ir desde situaciones nimias, muy personales, hasta verdaderas objeciones

de conciencia. Una regla muy sana es obedecer con sencillez cuando no hay demasiadas implicaciones, aunque no se esté de acuerdo, por el sano principio de no librar más batallas de las que se necesitan; como cuando se trataba con Ignacio de "teñirse los vestidos". En esas ocasiones Ignacio se limitaría a "hacer quietamente, como en todas las cosas de esa cualidad que le mandaban" (Autobiografía VI, Obras Completas, pág. 125).

Ahora bien, ¿cuándo sé que algo es verdaderamente objeción de conciencia? Cuando, obedeciendo, experimento que cometo pecado. En palabras de San Ignacio hay que obedecer "donde no se pueda determinar que haya alguna especie de pecado" (Constituciones, 547).

Los mecanismos propios para proponer estos reparos, serían básicamente dos: lo que en terminología ignaciana se llama la **representación** y lo que propiamente es el modo de llegar a la **objeción de conciencia**.

La Representación -entre los jesuitas- se le recomienda al mismo novicio quien debe sentirse en la libertad de hacerla, siempre que siga los pasos convenientes: hacer oración, presentar un breve escrito, disponer siempre el espíritu para "tener por mejor" lo que se ordenare, pero con la posibilidad de volver a explicar o presentar su parecer o inclinación una vez más si así le pareciere (cfr. Constituciones, 292 y 627).

Respecto al método de plantear la objeción de conciencia, la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús nos propone los siguientes pasos: usar en primera instancia la representación ignaciana, el diálogo sincero y tener siempre el recurso abierto al superior mayor. Si el conflicto no se resuelve se puede llamar, de mutuo acuerdo, otras personas -aun de fuera de la Compañía- para iluminar; pero

esta intervención no puede imponerse ni al superior ni al jesuita. Si, aun con esa iluminación, no se puede obedecer, el jesuita puede seguir su conciencia (cfr. CG. 32; Dto. 11,55). Ahora bien, "quien repetidas veces no pueda obedecer en buena conciencia, piense en encontrar otro camino donde pueda servir a Dios con más tranquilidad" (Ibid).

Teniendo estos elementos como supuestos nos parece que podríamos establecer algunas reglas prácticas para el que "objeta".

5.1.1 Jesús "objeto" como primer criterio

-Jesús no sólo buscó un buen fin (Reinado de Dios) sino los "medios buenos", (evangelicos, diríamos ahora).

-No el medio "más eficaz" sino la "solidaridad" con los pobres, pecadores y enfermos.

-Esta solidaridad fue necesariamente conflictiva pero sin límites: le llevó hasta ser ajusticiado por el poder.

Cómo se deba objetar, debe estar encuadrado en el modo como Jesús discernió y objetó las diversas instancias hasta las últimas consecuencias.

5.1.2 Sana sospecha de los juicios e intereses personales

No hay que olvidar que todos los humanos tienden a apelar a su conciencia para justificar lo que muchas veces será verdaderamente una búsqueda velada y reivindicativa de sí mismos. Este mecanismo pertenece al conjunto de "reacciones" (compensaciones, justificaciones) provocados por nuestras existencias heridas y vulneradas, por los actores de nuestras biografías e historias.

Si pertenece a nuestra cultura actual la sospecha ante la categoría del poder, esta sospecha

no debe olvidar la necesaria desconfianza de la propia capacidad de autoengaño. De este modo la desconfianza de sí mismo convierte el temor en necesidad de ser ayudado por otros (aun de la misma autoridad) y el valor del cuerpo, del grupo, convierte la necesidad en opción libre (cfr. González Faus, *Op. cit.*, pág. 68).

Esta sospecha debe concretarse en algo muy práctico: el "reparo ponderado" no debe convertirnos en jueces de personas ni de la historia. Hemos detectado que es ésta una de las características más claras de un "ideal exagerado" no de un "fervor indiscreto", campo por donde el espíritu de este Mundo se disfraza de "ángel de luz" (cfr. Cabarrús, *El Acompañamiento Espiritual*, Diakonía, Managua, dic. 1988, pág. 396).

Debe existir la persuasión, por otra parte, de que "el Reino no se hace con nuestros proyectos, sino muchas veces con nuestro ser desposeídos de ellos por el mal del mundo" (González Faus, *Op. cit.*, pág. 79). Esto como mecanismo real de identificación solidaria (a la manera de Jesús) con los empobrecidos y con aquellos a quienes se les quita estructuralmente todo proyecto de futuro.

5.1.3 Sentido de la necesidad estratégica de la comunión eclesial

Los problemas de la obediencia en América Latina, no deben perder de vista la confabulación global contra el proyecto de los pobres. Todo lo que sea generar desunión debe leerse con mucha cautela. En Latinoamérica, es la fe -bajo el signo del catolicismo- uno de los bastiones del poco poder de los pobres. Prueba de ello es cómo quieren suplirnos de sucedáneos que, dando los contenidos más o menos iguales, quiten las aristas de la fidelidad al Evangelio que, pese a todo, logra comunicar el catolicismo (cfr. en este sentido, el Documento de

Santa Fe).

Por tanto, frente a diversos y graves "reparos ponderados" frente a ciertas órdenes (de callar, de no figurar, de no participar en los diversos niveles de lucha, o en algunos concretamente...), debe tenerse en cuenta la **necesidad estratégica de la comunión con la Iglesia de los pobres**. Como bien lo señala González Faus haciendo un análisis de ejemplos históricos de obediencia (El problema de los ritos malabares y de los usos chinos, la frustrada conversión de Suecia al catolicismo, y las Reducciones del Paraguay), "el mal que se hubiese producido en la Iglesia universal por una desobediencia (que hubiese llegado a la ruptura cismática) era mayor que el bien particular..." (Op. cit., pág. 77). Esto me hará que piense más que en mi persona en la totalidad del cuerpo, con todas las implicaciones sociopolíticas que mi acto desencadena. El fundamento de ello radica en la relatividad de la acción apostólica "personal" frente a la actividad del "cuerpo" para hacer surgir en la historia vislumbres del Reino. Para "desobedecer" debe estar clara en la conciencia no sólo que lo que se hace o se evita al desobedecer es imprescindible para el Reino, sino que "yo" (o la instancia de que se trate), lo debo hacer o evitar. Dios es el Señor del tiempo y de la historia y tiene muchos caminos, "que no son los nuestros".

5.1.4 Con todo, obedecer a Dios antes que a los hombres, estando dispuestos a padecer afrentas por causa de Su Nombre.

Todo ello no debe implicar que realicemos (o dejemos de realizar) acciones que vemos como pecado. Como dice San Pablo, **"todo lo que no procede de convicción es pecado"** (Rom 14,23). Eso siempre lo hemos afirmado. El paso subsiguiente que es el **verdadero modo de confirmación de que la objeción de conciencia está bien planteada**, es estar con "gozo"

de recibir todo lo que venga en su nombre. En terminología ignaciana es la aceptación de "los grillos y cadenas de Salamanca" (cfr. Autobiografía, VII **Obras Completas**, pág. 132), es decir estar dispuesto a sufrir las consecuencias -hasta la prisión de la Inquisición en este caso- de disentir frente a una instancia eclesiástica.

El horizonte de la objeción de conciencia no debe ser otro que el horizonte de la fe en el crucificado. Si esto no se toma en cuenta ese "reparo" es "humano, demasiado humano". Y la fe en el crucificado cuya resurrección se atisba ya, se hará presente -por lo menos- en que se podrán vivir esos momentos de soledad, de marginación en el marco de la solidaridad con los sin voz y sin derechos; pero con las señas típicas de la Resurrección: paz y esperanza. En palabras de Ignacio: "Aquel por cuyo amor aquí entré, me sacará si fuere servido dello" (Autobiografía, VI, en **Obras Completas**, pág. 126).

5.2 Reglas para mandar

Como decíamos, la obediencia es algo relacional. Dentro de este contexto, habría que decir una palabra sobre la autoridad y el modo de desempeñarse en ella. En primer lugar habría que puntualizar el sentido de la obediencia (cf. supra) cuya misión es animar y empujar coordinando. Teniendo en cuenta que el principal objetivo de la Vida Religiosa -como de todo- es el servicio al Reinado de Dios y no a la misma Institución, y estando claros que para América Latina esto tiene inextricablemente que ver, al menos, con la lucha por la justicia, los superiores habrían de preguntarse si, **en conciencia**, no tendrían que ejercer más la autoridad para promover ese espíritu de servicio y dedicación a los empobrecidos, para ser fieles a los mismos carismas fundacionales de las diversas congregaciones, o para contribuir

a renovarlos. El superior también tendría que escandalizarse del comportamiento de ciertos súbditos y ver que "en conciencia" hay un tipo de actitudes y actividades que no comulgan con el Evangelio. Ante eso habría que ejercer, por lo menos, tanta mano dura como se aplica a los así llamados "progresistas". En ese sentido, San Ignacio nos da un ejemplo de crítica en la famosa Carta de Obediencia, que está escrita para los de La "Vera Compañía" de aquel entonces, donde habla claramente de los que desobedecen por realizar cosas que parecen de suyo muy espirituales y santas... (cfr. Carta de la Obediencia, **Obras Completas**, pág. 849). Pero yendo a reglas más concretamente, tendríamos:

5.2.1 El superior tiene que estar, de hecho, en favor de la causa de los empobrecidos y sentir su interpelación -sin caer en la herejía de los Fraticelli- si verdaderamente quiere atinar.

El criterio de verdad del actuar no es el mantenimiento de la Institución sino el trabajo por hacer viable el Reinado de Dios. Sólo en la medida que se experimente los dolores del mundo, que se comparta en algo la suerte de los pobres se desea el Reino y su advenimiento y ello se tornará criterio de actuar.

5.2.2 El superior tiene la obligación de descubrir el Espíritu de Dios en el súbdito.

Es ésta su principal tarea: discernir lo que el Espíritu le comunica desde las mismas inquietudes del súbdito. Con esto se debe reactualizar la teología del "sensus fidelium". No se debe presentar como el poseedor único de la verdad. Tiene que percatarse que el súbdito puede conocer la voluntad de Dios al margen suyo. Esta fue la práctica de San Ignacio: podía estar "al margen de las orientacio-

nes conocidas de la autoridad e incluso en contra de ellas (caso del cardenalato de Borja)" (González Faus, *Op. cit.*, pág. 88). Tiene que pensar, finalmente, más que en estructuras de la congregación, en las personas a las que tiene "que animar", frente a las exigencias de la historia.

5.2.3 Renunciar ante las falsas sacralizaciones del poder.

Todo lo que lo ubique "sobre" los hermanos, todo lo que lo encumbra está alejándolo del punto de discernimiento. En el Evangelio no hay ninguna justificación del poder a no ser que se entienda y se viva como servicio sencillo: "les he dado ejemplo"

5.2.4 Mandar con objetividad, y mientras menos se mande, mejor.

Mandar es un arte que se aprende obedeciendo. Allí es donde se estudia cuán poco se deben dar normas, y cuándo sí se deben dar directrices. El verdadero "arte" consiste en no parecer que se está mandando. San Ignacio según nos narra González de Cámara, era parco en dar órdenes: "todo lo que puede hacer suavemente sin obediencia, no meter en ello obediencia". Por otra parte, mandar sólo donde se experimenta que puede ser obedecido sin generar "cismas" desde arriba. De allí que diga Ignacio: "Ayudará que el mandar sea bien mirado y ordenado" (Constituciones, 667).

5.2.5 El superior debe recordar una regla de oro del mandar: "para el bien tengan toda potestad y si hiciesen mal, tengan toda subjección" (Constituciones, 820).

Deberá, por tanto, activar todos los mecanismos que corran de su parte para que ello se aplique en su caso personal. Esto garantizará

su generosidad, su sencillez y su real desvinculación de los espejismos del poder.